

LA LITERATURA COMO EXPERIENCIA



Universidad
del Tolima



GABRIEL ARTURO CASTRO
Magíster en Literatura
Universidad del Tolima- Colombia
gabrielarturocastro@gmail.com

Recibido: 07/12/2016

Aceptado: 30/03/2017

Resumen

El lenguaje ya no es un territorio seguro, autosuficiente para nombrar el mundo, pues la realidad es algo inestable, disuelta, inquieta. Nada se da por fuera de la experiencia o antes de ella. La palabra se rompe, se agrieta la relación entre las palabras y las cosas. Nietzsche hace hincapié en la necesidad de la crítica a aquél pasado de la verdad impuesta, a priori, subsidiaria de un pasado vetusto, anticuado y de una historia anticuaria y monumental. El deseo que se niega someterse al ordenamiento, a los determinismos, y a las limitantes de las verdades forzadas y la mansedumbre. Las instituciones, entre ellas la Escuela, prohíben, restringen, niegan, excluyen lo que se debe decir, lo que es correcto, lo que es metodológicamente apropiado y a quienes puedan servir de locutores, con sus aprobados comportamientos. Ante tal panorama es necesaria una didáctica y una hermenéutica de la literatura que parta de la objetividad (explicación y análisis de los hechos) para luego obtener su máxima subjetividad, las vivencias de la producción, los sentidos conferidos y significados encontrados. Dotar al individuo de ideas, imaginarios, aspectos valorativos y afectivos, relaciones con la realidad, su relación consigo mismo, con lo que hace, dice y siente, cómo se advierte a sí mismo en relación con los otros, qué afectos y sentimientos, deseos y miedos, olvidos y recursos posee. Así la literatura se convertirá en un intercambio, un diálogo y conversación, y considerará los sentidos que dicho intercambio produzca.

Palabras clave: verdad, lógica, interpretación, ruptura, experiencia, vivencia, aprendizaje, hermenéutica, didáctica

LITERATURE AS AN EXPERIENCE

Abstract

Language is no longer a safe territory, self-sufficient to name the world, for reality is something unstable, dissolved, and restless. Nothing is given out of the experience or before it. The word falls apart, the relationship between words and things cracks. Nietzsche emphasizes the need for criticism that past of the a priori imposed truth, subsidiary of an old, antiquated past, and an antiquarian and monumental history. The desire that refuses to submit to the order, the determinisms, and to the limits of forced truths and meekness. Institutions, including the School, prohibit, restrict, deny and exclude what must be said, what is correct, what is methodologically appropriate, and whom can act as speakers, with their approved behaviors. Before such a panorama it is necessary a didactic and a hermeneutic of literature that starts from the objectivity (explanation and analysis of the facts) to later obtain its maximum subjectivity, the production experiences, and the given senses and found meanings; providing the individual with ideas, imaginaries, value and affective aspects, relationships with reality, their relationship with themselves, with what they do, say and feel, how they perceive themselves in relation to others, what affections and feelings, wishes and fears, forgetfulness and resources they possess. Thus literature will become an exchange act, a dialogue and conversation, and it will consider the meanings that this exchange can generate.

Keywords: truth, logics, interpretation, rupture, experience, experience, learning, hermeneutics, didactics



ARJÉ. Revista de Postgrado FaCE-UC. Vol. 11 N° 20. Enero– Junio 2017/ pp.92-99

ISSN-e 2443-4442 , ISSN-p 1856-9153

La literatura como experiencia

Gabriel Arturo Castro

Y todas las Artes de la Vida ellos las convirtieron en las Artes de la Muerte
en Albión.
Despreciado el reloj de arena porque su labor sencilla era como la del labrador; y la noria,
que eleva el agua a los depósitos, quemada y rota por el fuego, porque su
labor era como la del pastor.
Y en su lugar inventaron ruedas intrincadas, rueda dentro de rueda,
para dejar perpleja a la juventud con sus derroches.
William Blake

Frente al racionalismo como doctrina que defendió el predominio de la razón sobre cualquier forma de conocimiento, surgieron corrientes del escepticismo, de la sospecha o la desconfianza, a partir de la denuncia de las ilusiones, de la falsa percepción de la realidad y la búsqueda de las utopías. Para Marx, Nietzsche y Freud, la conciencia en su conjunto es una conciencia falsa. Así, según Marx, la conciencia se falsea o se enmascara por intereses económicos; en Freud, por la represión del inconsciente y en Nietzsche por el resentimiento del débil.

Desde entonces la verdad ya no es absoluta, ni es la correspondencia de la proposición con la realidad (conexión directa, unívoca, de la palabra y la cosa), sino un abrir del horizonte del mundo donde se puede verificar la proposición. El lenguaje ya no es un territorio seguro, autosuficiente para nombrar el mundo, pues la realidad es algo inestable, disuelta, inquieta. Nada se da por fuera de la experiencia o antes de ella. La palabra se rompe, se agrieta la relación entre las palabras y las cosas. Nietzsche hace hincapié en la necesidad de la crítica a aquél pasado de la verdad impuesta, a priori, subsidiaria de un pasado vetusto, anticuado y de una historia anticuaria y monumental.

Allí entra Michel Foucault y su experiencia de la

sinrazón, o lo que es lo mismo, su relación con el límite, de lo excluido por la razón, es decir, el mal, lo ilícito, la enfermedad, el sueño, la locura. Para pensar no serán suficientes la lógica y la razón. Desde Nietzsche sabemos que pensar no es sistematizar sino realizar la experiencia de los límites o de la alteridad. Foucault en *El orden del discurso* examina la significación en la relación intersubjetiva, en cuanto a los impedimentos al decir. Son los órdenes de la institución que se enfrentan al deseo. El deseo que se niega someterse al ordenamiento, a los determinismos, y a las limitantes de las verdades forzadas y la mansedumbre. Las instituciones, entre ellas la Escuela, prohíben, restringen, niegan, excluyen lo que se debe decir, lo que es correcto, lo que es metodológicamente apropiado y a quienes puedan servir de locutores, con sus aprobados comportamientos.

Es otra instancia ética porque se entiende la realidad como una experiencia que se organiza en un juego de identidad y diferencia, de lo mismo y de lo otro. El establecimiento de lo otro (lo excluido, lo exterior) como parte íntima de lo mismo.

Lo anterior no era posible en otras épocas, según Luis Alfonso Ramírez Peña, por el predominio de la explicación racionalista donde el lenguaje tiene valor representativo: “Desde entonces se desechó cualquier posibilidad de entender sentidos sociales o subjetivos. Se asumió el lenguaje en una dimensión instrumental como paradigma y como partida para las axiologías del discurso”. Sólo se concebía el significado o concepto, desconociendo la inten-

ción (propósito de comunicación, determinación de la voluntad o el designio del acto comunicativo) y el sentido (modo particular de entender una cosa, explicitado por el contexto o ámbito y por las circunstancias; su interpretación). Aquí se ha confundido el logos con la razón, una verdad impuesta, independiente de la experiencia, un imperativo aislado, inmutable, fijo. El concepto cierra y delimita, repite el estándar, copia, remeda sin creatividad ni invención, pura metodología. El racionalismo fue un conjunto de teorías que defendieron el predominio de la razón sobre cualquier forma de conocimiento.

Estas concepciones objetivistas “ponen al sujeto como conocedor y recipiente de saberes sin tener en cuenta su historia, sus motivaciones, incluso sus condicionamientos ideológicos”, de acuerdo con Ramírez Peña.

Para Gianni Vattimo la verdad no es una verdad de la historia, sino que es una verdad histórica. Esto es, que a la verdad se la interpreta en el horizonte del tiempo y que no puede quedar fijada en un tiempo. La verdad no coincidiría con una teleología histórica, ni con la metafísica que la entienda como verdad del objeto o de la presencia. De acuerdo con Vattimo ya no hay presencia de la verdad, sino una interpretación histórica de la verdad. En este sentido, se hace necesario relacionar la hermenéutica con la modernidad. El nihilismo, la crítica a la modernidad y a la metafísica clásica, pasando por la concepción de verdad y de la historia, serán los componentes de una hermenéutica

filosófica en sentido Vattimiano. La verdad no es ya correspondencia de la proposición con la realidad, conexión unívoca y directa de la palabra con la cosa, sino un abrir del horizonte del mundo.

Ante un alarmante mundo donde no hay intercambios de experiencias, los criterios se unifican, se excluye la dimensión crítica, la irreflexión es notoria, no se trasciende del gusto privado, los lenguajes se institucionalizan, sigue la alienación del hombre, la creación artificial de una hiperrealidad, surge la necesidad de la interpretación, desde la perspectiva de Ramírez(2007):

La interpretación, asumida como entendimiento incierto y creativo de los discursos de las personas, es una alternativa para buscarse y entenderse uno mismo y entender a los demás. Los esquemas, los modelos de mundo, las teorías y hasta las metodologías pueden ayudar, siempre y cuando no sean instrumentos para someter al sujeto, ni medios para crearle visiones e interpretaciones que no le pertenecen. En cualquiera de las lecturas y actos de entendimiento, el sujeto puede hacerlo desde su propia condición, rompiendo barreras y los velos que ocultan sentidos que no todos perciben. La interpretación es no dejarse repetir, ni entrar en el mismo círculo de los otros. Es no dejar reducir su diferencia a las reiteraciones de los demás, con quienes se comparte el anonimato, en una masa en la que todos carecen de voz porque hay una sola que los representa. (s/p)

La hermenéutica moderna parte de la objetividad (explicación y análisis de los hechos) para luego obtener su máxima subjetividad, las vivencias de la producción, los sentidos conferidos y significados encontrados. Dota al individuo de ideas, imaginarios, aspectos valorativos y afectivos, relaciones con la realidad, su relación consigo mismo,

con lo que hace, dice y siente, cómo se advierte a sí mismo en relación con los otros, qué afectos y sentimientos, deseos y miedos, olvidos y recursos posee. La hermenéutica, entonces se convierte en un intercambio, un diálogo y conversación, y considera los sentidos que dicho intercambio produce. Cada sentido es una diferencia generada en el ejercicio de la interpretación personal como experiencia subjetiva.

Vista de esta manera, la hermenéutica es un acto de humildad. Hermes como dios del comercio, de los negocios, del trueque, y la hermenéutica como intercambio de mundos, el mío y el de los demás que leo y con los cuales me relaciono despojado de prejuicios, de verdades absolutas, reconociendo que la mirada del locutor se complementa con la del interlocutor, pues ambas se cruzan, alternan, interponen y traspasan, y en este encuentro se resignifica el entorno, la realidad del mundo.

Para negociar se debe estar dispuesto a ceder; es menester admitir la carencia. El hombre occidental lleva en su rostro la marca de la ruptura, el signo de la ausencia de comunión con las demás cosas del mundo que lo rodea. El hombre olvidó a pasos forzados el secreto lenguaje de las cosas por el exceso de razón: artefacto positivista, vertical, dogmático, tiránico, inicio de una carencia sentida, la interpretación, el sentido. Al pretender apropiarse del mundo a partir del método positivo el hombre se instituyó como rasero del mundo forjando absolutos a la medida exacta y cuantificable de su propia arrogancia. A propósito, Foucault nos

recuerda las tres grandes heridas narcisistas mencionadas a su vez por Freud: Copérnico, Darwin y el mismo Freud. A partir de ellos el universo no gira en torno al hombre, el hombre no es hijo dilecto de ninguna divinidad, el hombre ni siquiera está a salvo del propio hombre, racional y pragmático.

Ante este panorama, Foucault, hablando de Deleuze, sostenía la necesidad de sustituir una lógica “ternaria” (designación, expresión, significación) por otra “cuaternaria” que tenga en cuenta el sentido como acontecimiento de naturaleza metafísica. El verbo, en una proposición, hablaría de ese carácter incorporeal y aconceptual de lo que acontece. En lugar de repetir conceptos uniformes, homogéneos e incólumes, se trata de concebir la diferencia a través de la ruptura y de la disyunción. Pasamos de la continuidad, la acumulación y las interpretaciones impuestas del poder, a un espacio de desavenencia, de la comprensión del otro diferente a mí. Hegel afirmaba que “diferente no es más que ser para otro”, visto esto desde una perspectiva de vocación humanista. En la medida que leo conozco al otro y me conozco luego, como complemento, a mí mismo, y reconozco finalmente a la humanidad desde sus valores, sentidos y afectos diferenciales, de variación. Al leer comprendemos el sentido y el significado de la producción de otros individuos, compartimos la diferencia y la posibilidad de compartir o disentir, es decir, aprehender de su experiencia. El hecho creativo se comprende desde adentro, a partir de

mi subjetividad que procura discernir los sentidos ocultos y a través de una participación íntima de la existencia del otro, realizando intercambios y relaciones con el otro, la voz distinta y tal vez opuesta a la mía.

Y una de las manifestaciones del deseo es la literatura, suma de la creación subjetiva y la transformación de la realidad. De acuerdo, la literatura artística no sustituye la realidad primera, sino que la enriquece y la transgrede, desobedeciendo su lógica inmediata y su literalidad, creando otra realidad, distinta, profunda, alusiva, más allá de la representación mimética o de la fijación de la verdad absoluta. El arte no es una mentira metonímica sino metafórica. Iser dice que “no es de extrañar, pues, que a las ficciones literarias se les haya atribuido la etiqueta de mentiras, ya que hablan de lo que no existe, aunque presentan la no realidad como si realmente existiera”. Lo anterior, según Luis Alfonso Ramírez Peña, es posible “porque el discurso literario es presentado como una creencia, una manera de ver el mundo, un mundo imaginado o recreado por el autor, a partir del cual los enunciados adquieren su valor de verdad”. Para Iser la ficcionalidad es comparable con la mentira: “La mentira y la literatura siempre contienen dos mundos: la mentira incorpora la verdad y el propósito por el cual la verdad debe quedar oculta”. Sin embargo, para Ramírez Peña: “La mentira no se diferencia de la ficción porque tenga la doble realidad. Esto es igual en la literatura, pero en la mentira al oponerla a la falsedad, se busca la reali-

dad con la presentación de otra; en cambio, en la falsedad, no advierte la falsedad que está construyendo. En la literatura, el autor quiere mostrar la realidad como la ve, pero el interlocutor advierte la ficcionalidad por la participación en el ámbito literario”.

La literatura auténtica, convincente, orgánica y coherente, es construida como una mentira respecto a la realidad veraz, física y directa, muy lejos de la falsedad, proveniente de la literatura inconexa, fragmentaria, dispersa, reproductiva, mimética y mecánica, el arte del camuflaje. Al contrario de la afirmación de Pessoa, la mentira no es una inexactitud, dado que la mentira es otra creación legítima que dispone dentro de sí una sospecha sobre el régimen de verdad instaurado. Tampoco en el arte la mentira se halla próxima a la noción restringida o negativa de cinismo, engaño, distracción, eufemismo, verosimilitud, entretenimiento trivial o embuste, aspectos que hacen parte del dominio de la percepción moral: censura, castigo, prejuicio, juicio, insulto, engaño, el fraude propio del embaucador. En contravía, la mentira es robusta desde la fabricación de una trama narrativa que oculta el sentido liminal, huidizo e inasible; en cambio, la falsedad es frágil, superficial, objetiva, inconsistente, mendaz, falaz y turbia, porque expone su truco fácil, evidente, transparente y diáfano.

El mal arte es una apariencia, mendacidad, evasión, falsedad o un ardid desplegado por un poder manipulador, interesado y poco sincero, es decir,

sin convicción. En cambio el buen arte proviene de la mentira, considerada ésta como otra verdad, ilusión, contradicción, paradoja, absurdo, imposibilidad, equívoco, desvío e irrealidad ilimitada y positiva, otro mundo habitable, incluyente.

La literatura subvierte, asume el sinsentido de la existencia dado que posee un orden artificial exigido por la transformación artística, contrario al orden lógico temporal. Los acontecimientos sufren distorsiones temporales, un efecto de extrañamiento. El artista nos ofrece una percepción inédita de la realidad, desautomizando el lenguaje, deformando los materiales que lo componen, tornándolos imprevisibles, distintos a la percepción común. Identificar sin autoidentificarse, poseer una postura crítica, reconocer y extrañar. El mundo invertido de la literatura se opone al mundo ordenado de la razón, replegada en sí misma, de tono monocorde, monofónica e insoportablemente homogénea, gracias a su sentido recto y pleno. El lenguaje del deseo se cuela sin permiso en el vacío del sentido. Es que la literatura es un espacio de libertad, una mirada torcida de los mecanismos ocultos del lenguaje, el error, desviación, la extrañeza y la subversión. Manifestación de un lenguaje que es transformación continua, sin fin, reino de la duda, la pregunta, la alteración, la pérdida, el lugar de lo imposible, la paradoja, la aventura, lo extraordinario.

La literatura para sugerir e influir lleva el ethos que crea una situación emocional y con el phatos provoca conmoción. Vista de esta manera, es una

forma de “inquirir las formas y juegos de verdad en que el hombre ha sido llevado a reconocerse como sujeto de deseo”. ¿Cómo lograr en la teoría y en la práctica este cometido? A través de la educación sería posible mediante el ejercicio de una didáctica que constituya la apertura hacia la búsqueda de nuevas formas para acceder a los conocimientos, aprender a aprehender de la experiencia y la vivencia interior y no acumular un sinfín de conocimientos aislados y estériles. El conocimiento teórico, los conceptos y significados, son transformados en recursos inteligibles para vehicular la enseñanza. Allí la producción de recursos, tecnología donde se plasman saberes, es sólo una parte de la tarea didáctica. También se involucran posturas en el plano disciplinar, selección de contenidos de las áreas, diseño de las modalidades pedagógicas, actualización curricular, las concepciones teóricas que se tengan sobre la educación, la pedagogía y la sociedad: el papel del docente y el aprendizaje; la realidad de la Escuela; la condición social de los alumnos, el ámbito cultural que nos envuelve. Pero lo esencial es la literatura como experiencia, definida por John Dewey como “un comercio activo y alerta frente al mundo; completa interpenetración entre el yo y el mundo de los objetos y de los acontecimientos”, donde se une lo práctico, lo intelectual y lo emocional. Y es esta última instancia, el afecto, la que unifica, liga a las partes en un todo. La didáctica había privilegiado el componente intelectual y comunicativo, es decir el aprendizaje de conceptos, significados

y el papel social de la literatura, su función de interacción. Se veía la obra sólo como documento histórico, sin explorar las formas, estrategias, lenguaje y recursos estilísticos que la soportan. Pero al incluir la vivencia y el afecto, el componente más humano de la literatura, el aprendizaje, entonces, se fundamentará en el descubrimiento o en su equivalente el “aprender haciendo”, apoyado a su vez por el principio de aprendizaje formulado por Froebes en 1826 y citado por Ezequiel Ander-Egg: “Aprender una cosa viéndola y haciéndola es algo mucho más formador, cultivador y vigorizante que aprender simplemente por comunicación verbal de ideas”.

De esta manera asumimos la literatura como una experiencia constante e interior del individuo, quien explora, se orienta, reconoce, nombra, aprecia, advierte, siente y comunica así significados intelectual o emocionalmente excepcionales. Exalta la importancia de interiorizar el conocimiento. La didáctica debe, entonces, proveer el espacio para las actividades diversas y su articulación para que se refuerce el contenido emocional e intelectual de cada acto particular. El aprendizaje es un flujo continuo de experiencias, cada momento o acto del tiempo es precedido de experiencias previas y se convierte en el umbral de experiencias siguientes.

La experiencia vital exige la reflexión sobre los hechos vividos, la disposición de los sentidos en máxima alerta. Sólo interiorizamos y aprehendemos lo que hemos vivido a través de la experien-

cia directa, cuando tomamos posesión de los objetos. La experiencia es, de este modo, una acción y un acontecimiento singular, relacionada con los afectos, las vivencias, las sensaciones y la memoria.

José Lezama Lima al respecto afirmó: “Algún día cuando los estudios literarios superen su etapa de catálogo y se estudien los poemas como cuerpos vivientes, o como dimensiones alcanzadas, se precisará la cercanía de la ganancia del sueño en Sor Juana Inés de la Cruz, y de la muerte en Gorostiza”.

En otras palabras, es urgente ir más allá del concepto como algo definitivo, limitante y exacto, fruto de la fe ciega por la teoría previa, impuesta y tiránica, y sus consecuencias nefastas del ensayo científico, el tratado, la disertación académica, el deporte terminológico, la erudición malsana, la pedantería de conocimientos inusuales pero superficiales e inútiles, datos inconexos, pura nemotecnica, destreza, sumatoria estéril de informaciones, en fin, el artificio, el ingenio, lo fingido .

Tal erudición pasa de una cultura vasta y profunda en el campo del humanismo, al *culteranismo*, expresión de extrema artificiosidad que deja de lado lo sensitivo, la espontaneidad, la sugestión y la ilusión, como elementos generadores del arte literario. Es más, tal postura ha propiciado la deshumanización de la literatura, la negación de la voz propia del lector y del escritor, reemplazadas por la repetición uniforme, enfermiza y monofónica de preceptos siempre ajenos y extraños.

Por lo tanto, la lectura, luego de todo análisis (dominio de la razón lógica, necesario primer escalón en el quehacer del lector), entra a la experiencia de la dislocación y el alejamiento, desunión de realidades que contraponiéndose poseen un nexo común, porque en cada lector hay una lucha, al tiempo que busca un espacio imaginativo, su propio intervalo que explora rupturas y teje continuidades y conexiones.

El profesor Alfonso Cárdenas Páez sustenta que la lectura, “además de su capacidad lógica, también debe entrar a los dominios del afecto y la imaginación, ya que ella interactúa y, en consecuencia manifiesta una visión integral frente al universo que la rodea”.

La literatura debe apuntar, de acuerdo con esta posibilidad, a la formación de todos los sectores críticos, no sólo desde el plano intelectual o de las instancias lógicas.

Referencias

- Ander-Egg, E. (2001). *Acerca del conocimiento y del pensar científico*. Buenos Aires: Lumen.
- Cárdenas, A. (2004). *Elementos para una pedagogía de la literatura*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Castro, G. (2006). *El taller como espacio pedagógico*. En: Cuadernos de Psicopedagogía, número 3. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Dewey, J. (1949). *El arte como experiencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1981). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México D.F: Siglo XXI Editores.
- _____. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Ramírez, L. (2007). *Comunicación y discurso. La perspectiva polifónica en los discursos literario, cotidiano y científico*. Bogotá D.C: Magisterio.
- Vattimo, G. (1991). *Ética de la interpretación*. Buenos Aires: Paidós.